

FENÓMENOS MEDIÚMNICOS DE EFECTOS INTELECTUALES

18 – 05 – 1.995

La mediumnidad es la facultad de la persona que sirve de intermediario entre el mundo espiritual y el mundo corporal, y que es llamada médium. Se entiende que actúa como puente que relaciona dos dimensiones espirituales, la de los espíritus encarnados y la de los espíritus invisibles para los sentidos físicos.

La mediumnidad es una facultad natural de todos los seres humanos, gracias a la capacidad psíquica y orgánica de colocarse en disposición de conectarse periespiritualmente con el periespíritu del comunicante.

En un sentido amplio todos los seres humanos tienen esa capacidad, aunque en algunos, se presenta con mayor o menor desarrollo.

Según Allan Kardec:

“Toda persona que siente, en mayor o menor grado, la influencia de los espíritus, es un médium. Siendo esta facultad inherente al humano, no constituye por tanto, un privilegio exclusivo de determinados individuos. De allí que haya pocos que no posean algunos rudimentos de ella. Es posible entonces, que todos los seres humanos, en mayor o en menor medida, son médiums”.

“Adoptando un criterio más restringido, se llama médium a quien muestra esa facultad en forma ostensible, bien caracterizada, evidenciando sus manifestaciones con cierta frecuencia e intensidad. Puede denominarse a ésta como mediumnidad dinámica, y emplear la expresión mediumnidad estática en aquella forma genérica, indefinida de mediumnidad, caracterizada por expresiones leves y circunstanciales, que pertenece, en forma general, a la naturaleza humana”.

La mediumnidad es independiente del sexo, raza, edad, nivel cultural o económico de la persona, de su inteligencia y moralidad, e inclusive, de su creencia en ella o su escepticismo. Es una propiedad específica del sistema nervioso, una facultad de naturaleza psicobiológica, caracterizada por la descentralización de los principios constitutivos del médium, y en algunos casos, por distorsiones en el proceso de acoplamiento entre el espíritu, el periespíritu y el cuerpo físico.

De modo que, pudiendo estar esa facultad vinculada a conductas desviadas en que se haya incurrido en el pasado; o por el contrario, vinculada a comportamientos sublimes, es evidente que ella no depende de las condiciones morales. Por eso se pueden encontrar médiums dedicados a tareas idealistas, traduciendo ideas cristalinas y edificantes, y otros incurriendo en las más deplorables perversiones, dando cabida a expresiones turbias y desequilibradas.

En consecuencia, siendo la mediumnidad neutra por naturaleza, es su correcto empleo lo que le confiere el sentido moral.

TEORÍAS SOBRE LA MEDIUMNIDAD

El fenómeno mediúmnico es una objetivación directa de la actividad espiritual. Se ha manifestado desde los orígenes de la humanidad, sufriendo con el tiempo, profundas modificaciones. Se halla en los pueblos primitivos, en las revelaciones que dieron origen a las doctrinas religiosas, morales y filosóficas, y en numerosas experiencias místicas, artísticas, literarias, científicas, suscitadas entre los pueblos y culturas de todas las épocas.

El hecho de ser un factor constante en la evolución histórica de la humanidad, no ha uniformado las opiniones, y han aparecido muchas y muy dispares interpretaciones en torno a sus causas y significados. Así, las principales teorías o hipótesis que procuran explicar el hecho mediúmnico son:

Fraude: “Afirma que los médiums fingen el estado de trance, teatralizan las presuntas comunicaciones de los espíritus y mediante trucos, producen los efectos físicos.

Esta explicación culpabiliza a todos los médiums por las acciones fraudulentas de algunos de ellos. Se debe tener en cuenta que el asunto de las comunicaciones espirituales fue, en todo tiempo, objeto de explotación, a causa de la misma ignorancia en que el ser humano estaba con respecto a su propia realidad.

Hoy, como siempre, existen atrasados, constantemente dispuestos a hacer farsa de las cosas más sublimes, y a sacar partido de la ignorancia y el fanatismo de los demás. Hay y ha habido falsos médiums, pero es fácil conocerlos y denunciarlos, cuando se transita el camino de la formación espiritista; no dejándose llevar por entusiasmos irreflexivos y se toman todas las precauciones, que la razón y la lógica aconsejan, a fin de no ser víctimas de los charlatanes”.

Kardec denunció a los falsos médiums y a los interesados que no son sólo los que obtienen ganancias materiales, sino los que llevados por el orgullo y la vanidad, fingen encontrarse bajo la influencia de espíritus, o simulan con prestidigitaciones, efectos físicos, o dan mensajes que son de su invención.

Se han detectado numerosos fraudes que se deben a diferentes razones:

1. La falta de moralización del médium
2. El interés pecuniario
3. El orgullo y la vanidad
4. El deseo de complacer al público o a los investigadores
5. El deseo de continuar produciendo intensos y auténticos fenómenos, después de caer en decadencia o supresión de la mediumnidad. Esto no invalida su actuación anterior, ni la legitimidad de aquellos que fueron plenamente comprobados.

Médiums reconocidas y famosas por sus manifestaciones cayeron en esta falta, como Eusapia Paladino, cuyas capacidades ectoplásmicas convencieron al profesor Lombroso de la veracidad de los fenómenos. Reacia en su juventud a aceptar la responsabilidad que le acarrea su facultad, cuando está se vio mermada por la edad, no dudó en “ayudar” las manifestaciones con algunos recursos aportados por ella. Sin embargo, al ser descubierta, admitió que los espíritus le habían aconsejado que actuara en esa forma, con el fin de facilitar su comunicación. En el caso contrario y como ejemplo a seguir, actuaron Elizabeth D’Esperance y Eleanor Piper, quienes al percatarse que sus facultades disminuían, debido a su edad, suspendieron las sesiones.

Sugestión: Según sus partidarios, el trance mediúmnico se reduce a un fenómeno de autosugestión inconciente de los médiums y los asistentes a las sesiones; y todos son víctimas de sus propias ilusiones o alucinaciones. Uno de sus argumentos se basa en la vulgaridad de las comunicaciones. Si bien es verdad que algunos mensajes mal hilvanados, carentes de toda calidad cultural, sólo reflejan estados sugestivos del pseudomédium, también lo es que tales mensajes no invalidan su origen mediúmnico, pues sus características inferiores corresponden al nivel de evolución de los espíritus que los emiten.

Pero no siempre es así. En innumerables casos los pensamientos y sentimientos de la entidad espiritual que se manifiesta, son contrarios a las ideas del médium o extraños para los concurrentes.

El célebre astrónomo Camilo Flammarion recibió un mensaje dictado por una entidad que lo sorprendió por su imposible interpretación. Preguntó que significaba el enigma y le respondieron que lo leyera al revés. Su sorpresa fue aún mayor cuando leyó: “No atormentes más al espíritu, profundizando en cuestiones que a él no le está permitido todavía, comprender”.

Allan Kardec codificó las respuestas de espíritus sabios, que constituyeron la filosofía espiritista, asombrosa por su lógica y su profundidad ética.

Víctor Hugo vio animada su mesa en Jersey por ilustres poetas y literatos desencarnados, a través de la mediumnidad de su hijo Carlos, incluso en inglés, idioma que el joven desconocía.

Millares de comunicaciones espirituales han ofrecido luces al género humano, tanto en la ciencia como en el arte y la filosofía. Ello se puede constatar en la obra de grandes médiums intelectuales, íntegros y probos, auténticos mensajeros de la espiritualidad superior como: Eleanor Piper, Elizabeth D'Esperance, Fernando de Lacerda, Stainton Moses, Amalia Domingo y Soler, Ivonne Pereira, Arthur Ford, Rosemary Brown y Francisco Cándido Xavier.

Intervención diabólica: Admite la realidad de las manifestaciones mediúmnicas en algunos casos y las atribuye a la acción de la entidad maligna conocida como “demonio”. Irónicamente, su verdadera acepción, de acuerdo a la etimología griega, significa espíritu protector o guardián, que asiste al ser humano con sus consejos, tal como le ocurría a Sócrates y su “daimon” familiar. Las religiones occidentales tergiversaron ese significado, creando un personaje fantástico en el cual simbolizaron “el espíritu del mal”, atribuyéndole la funesta tarea de pervertir a los seres humanos durante su vida, para atormentarlos después de muertos, en un hipotético infierno, en el cual reinaba como dueño y señor. El progreso y la cultura se han encargado de demostrar la inexistencia del demonio.

La Iglesia Católica reconoce la realidad del fenómeno mediúmnic, y es interesante destacar que la edición de numerosos libros recibidos por vía mediúmnic, fue autorizada con el *imprimatur* correspondiente, entre ellos:

“*Le manuscrit du purgatoire*”, editado en 1.922 con autorización de monseñor Palica, viceregente de la diócesis de Roma, donde se narran las conversaciones de una monja fallecida en 1.871 con otra religiosa, que se prolongaron durante 16 años (1.874 – 1.890)

“*Letera dal mondo di la*”, editado en Roma en 1.952 con la aprobación expresa de monseñor Traglia, con mensajes de una joven desencarnada.

“Hiptnotismo y espiritismo”, escrito por José Laponi, médico de los papas León XIII y Pío X, quien admitió la autenticidad de las manifestaciones mediúmnicas, y citó a un gran número de personalidades científicas que aceptaban la realidad de esos fenómenos, añadiendo que sería un absurdo suponer que tantos hombres eminentes se hayan equivocado o hayan mentido.

Patológica: esta interpretación de los hechos considera a los médiums perturbados mentales que presentan cuadros delirantes de histeria y esquizofrenia, víctimas de todo género de alucinaciones.

Naturalmente, las alucinaciones existen y se manifiestan en perturbados mentales, pero hay manera eficiente de distinguirlas de los episodios mediúmnicos, que son absolutamente sanos y normales. Una vez concluido el

trance, el médium vuelve a su estado habitual, mostrando su repertorio psicológico y conductual cotidiano.

No han faltado partidarios de esta teoría que han proclamado que el Espiritismo lleva a la locura debido a la práctica de la mediumnidad. Esto es ignorancia y terrible injusticia, pues la doctrina espírita, mediante el estudio sistemático del fenómeno mediúmnico y su orientación ética y técnica, ha ayudado a muchos seres confundidos por los fenómenos complejos, de los que no entienden sus causas y desarrollo.

Miles de enfermos considerados psiquiátricos deambularon buscando diagnóstico y solución al problema, sin hallarlo, y lo vieron resuelto al recibir orientación sobre sus facultades mediúmnicas y permitieron su eclosión.

Anímica: Esta interpretación sustenta que el inconsciente del propio médium es el responsable de las manifestaciones psíquicas y físicas, que impropriamente se atribuyen a un agente espiritual exterior. Los fenómenos resultarían del desdoblamiento de la personalidad del sujeto, y de la exteriorización de sus facultades sensoriales, motrices e intelectuales.

La teoría del animismo es, sin duda, útil para explicar un porcentaje de casos de la vasta fenomenología psíquica, pero nunca para desechar la verdad y autenticidad del hecho mediúmnico.

Una de las pruebas del amplio repertorio experimental que acompaña a la fenomenología mediúmnica es el sistema de correspondencias cruzadas. Se trata de una comunicación en la cual el espíritu transmisor envía simultáneamente o alternativamente, en forma fragmentaria, a dos o más médiums psicógrafos, partes de un mensaje. Cada médium recibe un fragmento, aparentemente sin sentido, que sólo cuando se unen, adquieren la estructura de una idea coherente y completa. Para hacer aún más contundente la demostración, ocurre a veces, que el método y sus detalles no son elegidos por el experimentador, sino por el espíritu que quiere probar, en forma irrefutable, la realidad de su existencia y sobrevivencia.

Los investigadores ingleses Oliver Lodge y Frederick Myers establecieron su identidad con este sistema, previamente convenido.

Espírita: La mediumnidad, según el Espiritismo, es un proceso de bio-comunicación en el cual actúa el organismo del médium como intermediario, sintonizando ondas psíquicas emitidas por un agente externo y retransmitiéndolas de diversas maneras. Enseña el espiritismo que el fenómeno mediúmnico no es sobrenatural, pues no se trata de una desviación de las leyes naturales, sino la normal manifestación de un mundo invisible, cuyas leyes apenas comenzamos a conocer.

No debe confundirse la mediumnidad con el espiritismo, pues la primera es el fenómeno y el segundo la doctrina científica que lo explica. Existe la mediumnidad sin conocer la doctrina espírita, y de hecho son más numerosos los médiums que nunca leyeron la obra de Allan Kardec. Su actividad estará signada por sus conocimientos técnicos y por su elevación moral; serán medios de intercambio de ideas, y éstas dependerán de los experimentadores y los espíritus que los asisten.

Sin embargo, es necesario destacar que el estudio del Espiritismo sin la práctica de la mediumnidad no tiene sentido, pues la doctrina se nutre del intercambio con el mundo espiritual.

Allan Kardec ha llamado comunicaciones espiritistas a las relaciones con los espíritus. De allí que se repita esta denominación cuando se refiere a las

reuniones con estas características, aún cuando los participantes en estas prácticas desconozcan la doctrina kardeciana.

Sin embargo, este hecho no puede quitarle mérito a las reuniones fructíferas y apoyadas por espíritus, a veces, de alto nivel de evolución. No olvidemos que el tenor moral de los espíritus comunicantes depende de la afinidad con los que los evocan, y no de sus conocimientos doctrinarios.

La concepción espiritista de la mediumnidad explica con claridad, sencillez y precisión científica, el conjunto de hechos y todas las situaciones que se presentan en este vasto y complejo mundo de la comunicación espiritual entre ambos lados de la vida.

Animismo y mediumnidad: La palabra animismo posee acepciones diferentes, según se aplique en sociología, psicología, parapsicología o espiritismo. En este último caso se emplea para indicar las manifestaciones psíquicas de carácter paranormal que se originan en la mente subconsciente o inconsciente de un sujeto, y que eclosionan en ciertos estados de trance, ante la presencia de estímulos adecuados.

No existe contradicción entre estas dos categorías de fenómenos, pues los hay anímicos, tanto como mediúmnicos. El error aparece entre los partidarios del animismo, cuando niegan la posibilidad de que en algunos casos, se esté produciendo la comunicación de una entidad espiritual; así también entre los defensores de la mediumnidad, cuando todos los fenómenos los atribuyen a los espíritus, ignorando que en muchas ocasiones, se están expresando talentos inconcientes, propios del sujeto.

Sin embargo, en la vasta gama de fenómenos psíquicos, el animismo y la mediumnidad, lejos de constituir manifestaciones completamente antagónicas, representan grados diversos de un mismo estado, abarcando desde las formas primarias y las elementales de sensibilidad, hasta la paranormalidad y la mediumnidad, las cuales se hacen evidentes en estados específicos de trance. Este es un término común para indicar un estado alterado de conciencia, que propicia diversas actividades psíquicas y sus correlativos neurofisiológicos; y se aplica cuando se habla de trance hipnótico, trance magnético, trance paranormal o trance mediúmnico, aún cuando en cada caso, los orígenes y las particularidades del fenómeno, son diferentes.

El término animismo fue creado en 1.890, por el investigador ruso de orientación espírita, Alexandre Aksakoff, aunque ya Allan Kardec había hablado de la posibilidad de que se manifestase el propio espíritu del médium.

Deben deslindarse las manifestaciones psíquicas originadas en la mente subconsciente e inconciente del sujeto o animismo; de las otras en las que la persona sólo es el intermediario entre la causa espiritual que origina el fenómeno y quienes lo presencias o mediumnidad.

Se llama sensitivo o sujeto dotado, al individuo que produce la manifestación anímica. Se llama médium al que produce comunicación de un espíritu ajeno a él.

Los fenómenos conocidos en parapsicología como fenómenos paranormales, supranormales o extrasensoriales entre los que se cuentan: telepatía o transmisión del pensamiento; clarividencia o captación extrasensorial de un acontecimiento objetivo; precognición o conocimiento de un evento futuro, que no pueda inferirse racionalmente; psicocinesia o acción de la mente sobre un sistema físico; son capacidades del propio sujeto, quien no está actuando como

intermediario de otro espíritu, sino dando curso a potencialidades psíquicas propias.

Aksakof y Ernesto Bozzano comprobaron que el hecho de que algunas comunicaciones falsamente atribuidas a los espíritus sean ocasionadas por la mente inconciente no implica que las cosas siempre ocurran así.

El animismo no invalida la mediumnidad, puesto que, produciendo un hecho anímico, la persona está actuando como médium de sí misma.

Bozzano dice que “ambos son indispensables y no pueden separarse, puesto que son efectos de una causa única y esta causa es el espíritu humano, que cuando se manifiesta, en momentos fugaces, durante la encarnación, determina los fenómenos anímicos y, cuando se manifiesta mediúmicamente, durante la existencia desencarnada, determina los fenómenos espíriticos”.

Además, consta suficientemente que en la mayoría de los casos, los mejores y auténticos médiums comenzaron con producciones anímicas, las cuales fueron superadas por un proceso lento de adaptación y afinación.

Esto no debe extrañar, si tenemos en cuenta que el ser humano no es más que un espíritu encarnado, y nada más natural que en los estados de amenguamiento vital, como el trance mediúmico, afloren sus propias facultades espirituales, produciéndose manifestaciones de carácter paranormal. Así como aparecen a veces, durante el sueño, la hipnosis o en otros estados alterados de conciencia, como en las circunstancias en que un ser agoniza, en las cuales su espíritu suele exteriorizarse o desdoblarse, haciéndose presente en otro sitio, despidiéndose de familiares y amigos o llamando la atención para su situación.

Este hecho constituye la clave para el conocimiento de fenómenos o acciones telecinéticas, y demuestra que también pueden producirse manifestaciones a través de los médiums, provocados por espíritus encarnados.

El análisis comparado de los hechos que forman el vasto repertorio de las manifestaciones psíquicas, sugiere que algunas de ellas han podido tener su origen en actos involuntarios de carácter inconciente, como expresión de los propios recursos psíquicos del sujeto. Mientras que en otros casos se trata de la auténtica mediación entre ambos planos de la vida. Inclusive un mismo tipo de fenómeno físico o intelectual, puede ser anímico o mediúmico; o sea, cada fenómeno anímico es también posible en forma mediúmica.

Por ello, se recomienda como pauta para establecer su génesis, no generalizar, ni mucho menos, dogmatizar adoptando criterios a priori, ni dejarse llevar por el apasionamiento o el preconceito, siendo prudente analizar detalladamente cada caso. El buen criterio hará comprender al estudioso, que si hay casos en los que podría excluirse la intervención espiritual directa, otros en cambio, no admiten ninguna explicación fuera de la espiritista.

Hay que diferenciar el fraude y el animismo; y éste de la mixtificación.

En el fraude está ocurriendo una acción engañosa del supuesto médium, en forma deliberada y conciente. En el animismo, el engaño es involuntario. La mixtificación se da dentro de un acto mediúmico real, sólo que quien engaña es el espíritu, haciéndose pasar por otro, adulterando su verdadera identidad.

Superando el empirismo en las prácticas mediúmicas, colocando la dirección de las mismas en manos competentes y evitando las indebidas solicitudes y presiones de los participantes, se logra en todos los casos, la transición de las formas anímicas hacia la emergencia de la mediumnidad auténtica.

CLASIFICACIÓN DE LA MEDIUMNIDAD

Aunque la mediumnidad es de esencia única, posee un extraordinario polimorfismo y se presenta en muy variadas situaciones y categorías.

Desde el punto de vista de las reacciones del médium, las variaciones individuales de sus tonalidades perceptivas y la profundidad del trance, la facultad puede ser:

Conciente: Ocurre cuando el trance es superficial, no ha alcanzado mucha profundidad de la conciencia. El médium sabe lo que está ocurriendo y al concluir la manifestación recuerda todos sus detalles. Muchas veces sufre un drama íntimo, se siente confundido y duda sobre el origen de los mensajes, ya que no está seguro sobre si provienen de un espíritu o de su propio ser interior, y la duda también se apodera de quienes le acompañan.

Una dosis razonable de preocupación por el animismo contribuye a que se esté vigilante, pero tal preocupación no debe convertirse en desconfianza, pues se creará en el médium un estado psicológico que bloqueará la sintonía de los espíritus.

Los médiums se encuentran en diversos grados; unos más dúctiles, más desarrollados, filtran mejor la comunicación, mientras que otros menos pulidos, la interfieren o contrarían. Sólo la educación del médium, su moralización y la práctica, irán corrigiendo las formas defectuosas.

En los casos ciertamente mediúmnicos, las ideas de fondo pertenecen al espíritu, pero las formas verbales son moldeadas por el médium, por su grado de cultura, lo cual es causa de numerosas interferencias.

La intuición y la inspiración son las categorías típicas de la mediumnidad conciente.

Semiconsciente: El médium se da cuenta parcialmente de la situación, ya que no pierde totalmente el conocimiento y al final, tiene recuerdos fragmentarios sobre lo acontecido. La mente del médium interfiere poco en las comunicaciones, causando apenas leves distorsiones.

Inconciente: El trance es pleno y ha alcanzado su profundidad total. El espíritu que se manifiesta domina los centros nerviosos del médium, a quien ha adormecido por completo.

Corrientemente, a la mediumnidad inconciente se le llama mediumnidad de incorporación, lo cual es bastante impropio, ya que sugiere la “salida” del espíritu del médium y una “ocupación” de su cuerpo por parte del ser espiritual comunicante; cuando en verdad, de lo que se trata es del control magnético que éste ejerce sobre el sistema nervioso del médium, aletargando temporalmente su conciencia y su raciocinio crítico, en una relación donde se produce también, la influencia del periespíritu del espíritu hacia el periespíritu del médium.

Como las interferencias son mínimas, la mediumnidad inconciente es la que con mayor fidelidad preserva el sentido y la forma original de los mensajes, y permite las mejores identificaciones.

De acuerdo con las particularidades que adoptan los fenómenos, la mediumnidad se clasifica en 2 categorías:

1. mediumnidad de efectos físicos
2. mediumnidad de efectos intelectuales

Ambas se interrelacionan predominando una de ellas.

La mediumnidad de efectos físicos abarca los fenómenos que se traducen en manifestaciones materiales visibles, tangibles, particularmente la formación de

cuerpos, aparición de objetos, su modificación estructural o traslado de lugar, por la exteriorización en el médium de una fuerza que obra sobre la materia y la modifica, bajo el influjo de la voluntad de las entidades espirituales que intervienen. Se la ha denominado también mediumnidad objetiva, y sobre ella hemos hablado en nuestra conferencia anterior.

La mediumnidad de efectos intelectuales comprende aquellos fenómenos donde predominan los aspectos psicológicos, inteligentes, por lo que algunos autores la han denominado mediumnidad subjetiva.

Debe precisarse que no es del todo exacto marcar una frontera que las coloque como compartimientos estancos, porque casi siempre se encuentran entremezcladas. Bien decía Geley, que la mediumnidad, a pesar de la diversidad de sus manifestaciones, es de esencia única.

Las principales divisiones de la mediumnidad de efectos intelectuales son:

Parlante

El espíritu comunicante proyecta su acción psico-magnética sobre el centro laríngeo y se expresa por medio de los órganos vocales del médium. El mensaje puede ser transmitido en un idioma conocido o desconocido por el médium, dando origen en este caso la xenoglosia. También el médium puede en algunas ocasiones, adoptar posturas, manierismos o inflexiones vocales características del espíritu.

El espíritu obra sobre los órganos de la palabra, como obra sobre la mano de los médiums escribientes. El espíritu, queriendo comunicarse, se sirve del órgano que encuentra más flexible en el médium; a uno, toma prestada la mano, a otros, la palabra, a un tercero, el oído.

El médium parlante se expresa, generalmente, sin tener conciencia de lo que dice, y muchas veces, dice cosas completamente fuera de sus ideas habituales, de sus conocimientos, y aún del alcance de su inteligencia. Aunque esté enteramente despierto y en un estado normal, rara vez conserva el recuerdo de lo que ha dicho. Es decir, la palabra es un instrumento del cual se sirve el espíritu, y con el que puede entrar en comunicación una persona extraña. El papel pasivo del médium parlante no es siempre tan completo, los hay que tienen la intuición de lo que dicen, en el mismo momento en que pronuncian las palabras.

Escribiente o psicográfica.

El espíritu comunicante impulsa la mano del médium y va trazando su mensaje sobre el papel. Cuando el médium es totalmente inconsciente de lo que escribe se le llama médium mecánico, ya que el espíritu mueve la mano del médium como si fuera una herramienta, aislada de la conciencia, de la voluntad y del control del médium.

La acción del espíritu se ha proyectado directamente sobre la región periespiritual que corresponde al brazo del médium, pasando a tener el control sobre sus movimientos.

En ocasiones, algunos médiums escriben con las dos manos simultáneamente, dando curso a dos mensajes diferentes, provenientes de entidades distintas.

La opinión de Allan Kardec respecto a esta modalidad de mediumnidad es:

“De todos los medios de comunicación, la escritura manual es el más sencillo, el más cómodo y sobre todo, el más completo. Hacia ese deben dirigirse todos

los esfuerzos, porque permite establecer con los espíritus, relaciones tan seguidas y tan regulares como las que existen entre nosotros. Deben dedicarse a él con mayor motivo, porque por él, los espíritus revelan del mejor modo, su naturaleza y el grado de su perfección o de su inferioridad. Por la facilidad que tienen de expresarse, nos hacen conocer sus pensamientos íntimos y nos ponen de este modo, en disposición de juzgarles y apreciarles su valor. La facultad de escribir, por un médium, es también la más susceptible de desenvolverse con el ejercicio.

Mecánico, cuando el espíritu obra directamente sobre la mano, da ésta un impulso completamente independiente de la voluntad. Marcha sin interrupción y a pesar del médium, tanto como el espíritu tiene alguna cosa que decir, deteniéndose cuando ha concluido. Lo que caracteriza el fenómeno en esta circunstancia es que el médium no tiene la menor conciencia de lo que escribe; la falta de conciencia absoluta en este caso constituye lo que se llama médiums pasivos o mecánicos. Esta facultad es preciosa, porque no puede dejar ninguna duda sobre la independencia del pensamiento del que escribe.

Intuitivo cuando la transmisión del pensamiento tiene lugar por el intermedio del espíritu del médium, o mejor dicho de su alma, pues nosotros designamos bajo este nombre al espíritu encarnado. El espíritu extraño, en este caso, no obra sobre la mano para hacerla escribir; no la tiene, no la guía; obra sobre el alma con la cual se identifica. El alma, bajo este impulso, dirige la mano, y la mano dirige el lápiz.

Observamos aquí una cosa importante, a saber: que el espíritu extraño no sustituye al alma, porque no podría desalojarla, la domina sin que lo sepa y le imprime su voluntad. En esta circunstancia, el papel del alma no es absolutamente pasivo; ella es la que recibe el pensamiento del espíritu extraño y lo trasmite. En esta situación, el médium tiene la conciencia de lo que escribe, aunque esto no sea su propio pensamiento; este es el que se llama médium intuitivo.

Se dirá que si así sucede, nada prueba que el que escribe sea un espíritu extraño en lugar del espíritu del médium. La distinción es, en efecto, a veces, algunas veces bastante difícil. Sin embargo, se puede reconocer el pensamiento sugerido en que nunca se ha concebido anticipadamente; nace a medida que se escribe, y muchas veces, es contrario a la idea previa que uno se ha formado; también puede estar fuera de los conocimientos y de la capacidad del médium.

El oficio de médium mecánico es el de una máquina, el médium intuitivo obra como lo haría un intérprete. Éste, para transmitir el pensamiento debe comprenderle, apropiárselo de cierto modo, a fin de traducirlo fielmente, y no obstante, no es su pensamiento, no hace más que atravesar su cerebro. Tal es, exactamente, el papel del médium intuitivo.

Semi-mecánico. En el médium puramente mecánico, el movimiento de la mano es independiente de la voluntad; en el médium intuitivo, el movimiento es voluntario y facultativo. El médium semi-mecánico participa de los otros dos, siente una impulsión dada a su mano a pesar suyo, pero al mismo tiempo tiene conciencia de lo que escribe, a medida que se forman las palabras. En el primero, el pensamiento sigue al acto de la escritura; en el segundo le precede; en el tercero le acompaña. Estos últimos médiums son los más numerosos.

Inspirado. En la mediumnidad intuitiva, el médium capta en estado conciente las ideas que el espíritu le transmite; sirviéndoles de traductor o

intérprete, con sus propias palabras. Tiene como variedad la mediumnidad de inspiración, en la cual es más difícil distinguir las ideas del médium de las sugeridas por el espíritu. Entre los conferencistas, artistas, escritores y personas sensibles, habituadas a la práctica de la meditación, es muy frecuente la inspiración, manifestada como sintonía de pensamientos ofrecidos por los espíritus, así como captaciones *nouricas* que penetran en otras dimensiones psíquicas, más allá de nuestro espacio y nuestro tiempo, donde fluyen corrientes superiores de pensamiento.

Genialidad y mediumnidad son de una misma esencia. Catalogada como manifestación paranormal antes que mediúmnica, la telepatía ocurre por un procesamiento similar a la mediumnidad intuitiva. En ésta, la fuente emisora es un espíritu desencarnado, en aquella lo es un encarnado, pero en ambas se trata de una sintonización de corrientes de energía y pensamientos que a todos nos rodean.

Toda persona que, sea en estado normal o en éxtasis, recibe por el pensamiento comunicaciones extrañas a sus ideas preconcebidas, puede colocarse en la categoría de médiums inspirados; como se ve, es una variedad de la mediumnidad intuitiva, con la sola diferencia de que la intervención de esta potencia oculta es todavía mucho menos sensible, porque en el inspirado es aún más difícil de distinguir el pensamiento propio del que es sugerido. Lo que caracteriza a este último, sobre todo, es la espontaneidad. La inspiración nos viene de los espíritus que nos influyen en el bien o en el mal, pero antes es la obra de aquellos que nos quieren bien, y cuyos consejos dejamos de seguir muy a menudo. Se aplica a todas las circunstancias de la vida, en las resoluciones que debemos tomar. Bajo este aspecto se puede decir que todos son médiums, porque no hay persona que no tenga sus espíritus protectores y familiares que hacen todos sus esfuerzos para sugerir a sus protegidos, pensamientos saludables.

Si nos penetráramos de esta verdad, recurriríamos más a menudo a la inspiración de nuestro ángel guardián, en los momentos en que no sabemos qué decir o qué hacer. Que se le invoque con fervor y confianza en caso de necesidad y nos admiraremos de ideas que muchas veces surgirán como por encanto, ya sea que debamos tomar un partido, ya sea que tenga que componerse alguna obra.

Cuando no acude ninguna idea es porque será preciso esperar. La prueba de que la idea que sobreviene es extraña a uno mismo, es que si hubiera estado en nosotros siempre, hubiéramos sido dueños de ella, y no habría motivo para que no se manifestara cuando quisiéramos.

Aquel que tiene ideas en sí, las tiene siempre a su disposición; si no acuden como lo desea, es porque está obligado a tomarlas en otra parte que en su propio fondo.

Se pueden colocar en esta categoría las personas que sin estar dotadas de una inteligencia fuera de lo vulgar, y sin salir del estado normal, tienen rayos de una lucidez intelectual que les da momentáneamente, una facilidad desusada de concepción y elocución, y en ciertos casos, el presentimiento de las cosas futuras.

En estos momentos, que se llaman justamente de inspiración, las ideas abundan, se siguen, se encadenan, por decirlo así, por ellas mismas y por una impulsión involuntaria y casi febril; nos parece que una inteligencia superior viene a ayudarnos y que nuestro espíritu se desembaraza de un peso.

Los hombres de genio de todos los géneros, artistas, sabios, literatos, son, sin duda, espíritus avanzados, capaces por sí mismos, de comprender y de concebir grandes cosas. Precisamente porque se les juzga capaces, es porque los espíritus que quieren el cumplimiento de ciertos trabajos, les sugieren las ideas necesarias; y por esto, muy a menudo son médiums sin saberlo. Tienen, no obstante, una vaga intuición de una existencia extraña, porque el que recurre a la inspiración no hace otra cosa, sino una evocación.

De presentimiento. El presentimiento es una intuición vaga de las cosas futuras. Ciertas personas tienen esa facultad más o menos desenvuelta, pueden deberla a una especie de doble vista que les permite prever o entrever las consecuencias de las cosas presentes y la filiación de los acontecimientos; pero a menudo, es también el hecho de comunicaciones ocultas; y en este caso, sobre todo, es cuando podemos dar el nombre de médium de presentimientos a los que están dotados de ella y son una variedad de médiums inspirados.

Vidente

El médium percibe la visión de los espíritus o de elementos pertenecientes a su entorno. El vidente no capta por medio de la visión física, ya que puede hacerlo tanto con los ojos cerrados como abiertos, a plena luz o en absoluta oscuridad. En el análisis de los contenidos que son captados por los videntes, debe tomarse en cuenta que en muchos casos se trata de ideoplastias, pensamientos-formas que son ideados por los espíritus, y que deben ser descifrados o interpretados, pues son de carácter simbólico. Figuras tales como paisajes, objetos, flores, animales, rostros, los colores en sí mismos son recursos de que se valen los espíritus para sugerir reflexiones u ofrecer sutiles recomendaciones.

De todas las manifestaciones espiritistas, las más interesantes son, sin contradicción, aquellas por las cuales los espíritus pueden hacer visibles. Se verá por la explicación de este fenómeno que, como los otros, nada tiene de sobrenatural.

Mientras el cuerpo descansa, el espíritu se desprende de los lazos materiales; es más libre y puede más fácilmente, ver a los otros espíritus con los cuales entra en comunicación. El sueño no es más que el recuerdo de este estado; cuando uno no se acuerda de nada, se dice que no ha soñado, pero el alma no ha dejado de ver y gozar de su libertad. Cuando hablamos de videncia nos referimos a las apariciones en estado de vigilia.

Los espíritus que se manifiestan a la vista, pueden pertenecer a todas las clases. Todos pueden hacerlo, pero para esto no tienen siempre el permiso ni la voluntad. La finalidad perseguida, buena o mala, depende de su naturaleza.

Ese permiso puede darse con diferentes intenciones, a veces el fin puede parecer malo y es para probar a aquellos a quienes se aparecen. La intención puede ser mala y el resultado puede ser bueno.

El fin de los espíritus que tienen mala intención haciéndose ver, puede ser asustar y muchas veces, vengarse. El fin de los espíritus que vienen con buena intención, puede ser consolar a las personas que los lastiman, probar que existen y están cerca de nosotros, dar consejos y algunas veces, reclamar asistencia para ellos mismos.

Estando el humano constantemente rodeado de espíritus, su visión incesante le alteraría, le mortificaría en sus acciones y le quitaría su iniciativa en la mayor parte de los casos, mientras que creyéndose solo, obra más libremente.

No sería un factor que hiciera convencerse a los incrédulos, porque hay personas que han visto y no por esto creen más, puesto que dicen que son ilusiones.

Habría tanto inconveniente en verse constantemente en presencia de los espíritus, como en ver el aire que nos rodea, o los millares de animales microscópicos que pululan alrededor de nosotros y sobre nosotros.

La visión de los espíritus se permite en ciertos casos, con el fin de dar una prueba de que todo no muere con el cuerpo, y que el alma conserva su individualidad después de la muerte.

Cuanto más el humano se acerca a la naturaleza espiritual, más fácilmente entra en relación con los espíritus; lo grosero de nuestra envoltura es lo que hace más difícil y rara la percepción de los seres etéreos.

El que reflexiona debe comprender que un espíritu, cualquiera que sea, es menos peligroso que un viviente. Por lo demás, los espíritus van por todas partes y no hay necesidad de verlos para saber que podéis tenerlos a vuestro lado. El espíritu que quisiera dañar puede hacerlo sin dejarse ver y quizás más aún; no es peligroso porque sea espíritu, sino más bien, por la influencia que puede ejercer sobre el pensamiento, desviando del bien e induciendo al mal.

Frente a una aparición se debe intentar la comunicación preguntando quien es, lo que desea y lo que puede hacerse por él para serle útil. Si el espíritu es desgraciado y padece, la conmiseración que se le demuestra le alivia; si es un espíritu benévolo puede venir con la intención de dar buenos consejos.

El espíritu puede responder por sonidos articulados, como lo haría una persona viva, pero más a menudo, hay transmisión de pensamiento.

Los espíritus no tienen alas, no tienen necesidad de ellas, pues pueden transportarse por todas partes como espíritus. Aparecen según el modo con el que quieren afectar a la persona a la cual se muestran: unos con traje vulgar, otros con ropajes extraños, o de otra época, algunos con alas, etc.

Algunos espíritus burlones pueden tomar apariencias de personas que inducen a error con al finalidad de divertirse, pero hay cosas con las que no les es permitido divertirse.

Los espíritus no siempre tienen la posibilidad de manifestarse a la vista, a pesar del deseo que se tiene de verlos; causas independientes de su voluntad pueden impedirlo. Muchas veces, esto es también, una prueba de que el deseo más ardiente no puede liberar.

Las visiones pueden ser más frecuentes en estado de enfermedad, porque los lazos materiales están relajados, la debilidad del cuerpo deja más libertad al espíritu, quien entra con más facilidad en comunicación con los otros espíritus.

Las apariciones son más frecuentes en la noche o con la luz disminuida por la misma razón que las estrellas se ven de noche y no de día. La gran claridad puede borrar una aparición ligera, aunque no es necesaria la noche.

Los hechos de apariciones son mucho más frecuentes y generales de lo que se cree, pero muchas personas no los confiesan, por temor al ridículo, otros lo atribuyen a la ilusión.

La visión de los espíritus puede tener lugar en las condiciones normales; sin embargo, las personas que los ven están muchas veces, en un estado particular, muy cerca del éxtasis, que les da una especie de doble vista.

Ellos pueden creer a veces, que los ven con los ojos, pero en realidad el alma es la que ve, y lo que lo prueba, es que los siguen viendo con los ojos cerrados.

El principio por el cual el espíritu se hace visible, es el mismo de todas las manifestaciones, tiende a las propiedades del periespíritu, que puede sufrir diversas modificaciones a gusto del espíritu.

En el estado material, los espíritus no pueden manifestarse sino con la ayuda de su envoltura semi-material; que es el intermediario por el cual obran sobre los sentidos. Bajo esta envoltura aparecen algunas veces, con una forma humana o cualquier otra, ya sea en los sueños, ya sea en el estado de vigilia, lo mismo a la luz que en la oscuridad. Por la combinación de los fluidos, se produce en el periespíritu, una disposición particular que no tiene analogía (podría hablarse de condensación aunque no es exacto) y que lo hace perceptible.

En su estado normal, son impalpables, como cuando se sueña. Sin embargo, pueden hacer impresión en el tacto y dejar trazos de su presencia; y aún en ciertos casos, venir a ser momentáneamente tangibles, lo que prueba que entre ellos y nosotros hay una materia.

En el sueño, el alma ve sin intermediario; en la vigilia está siempre más o menos sujeta a la influencia de los órganos; por esto las condiciones no son siempre las mismas.

La facultad de ver los espíritus durante la vigilia, depende del organismo; proviene de la facilidad más o menos grande que tiene el fluido del vidente para combinarse con el del espíritu. Así, no basta al espíritu querer mostrarse; precisa además, que encuentre en la persona a la cual quiere hacerse ver, la aptitud necesaria.

Esta facultad puede desenvolverse con el ejercicio, pero es una de aquellas de las cuales vale más esperar el desenvolvimiento natural que provocarla, por el temor de sobreexcitar la imaginación. La visión general y permanente de los espíritus es excepcional, y no está en las condiciones normales del ser humano. La aparición se puede provocar algunas veces, pero muy raramente, pues para esto, es menester estar dotado de una facultad especial.

La forma humana es la forma normal, el espíritu puede variar su apariencia, pero siempre es el tipo humano. Puede producir llamas, luces, como otros efectos para atestiguar su presencia; pero estas cosas no son los mismos espíritus. Puede ser una emanación del periespíritu.

Espíritus muy inferiores podrían tomar momentáneamente, la apariencia de un animal. La superstición hace creer que un espíritu con evolución para encarnar en ser humano pueda hacerlo en un animal; sin embargo, los animales son siempre animales.

Ensayo teórico sobre las apariciones de Allan Kardec

Las manifestaciones aparentes más ordinarias tienen lugar cuando se duerme, por los sueños; estas son las visiones que pueden ser una visión actual de cosas presentes o ausentes; una visión retrospectiva del pasado; y en algunos casos excepcionales, un presentimiento del porvenir. Muchas veces son también, cuadros alegóricos que los espíritus hacen pasar por nuestra vista, para darnos advertencias útiles y consejos saludables, si son buenos espíritus; o para inducirnos en error y lisonjear nuestras pasiones si son espíritus imperfectos.

Las apariciones propiamente dichas tienen lugar en estado de vigilia, y cuando se goza de la plenitud y entera libertad de las facultades. Generalmente, se presentan bajo una forma vaporosa y diáfana, algunas veces vaga e indecisa; a menudo es, en el primer momento, una luz blanquecina cuyos contornos se dibujan poco a poco. Otras veces, las formas son acentuadas con claridad y se distinguen los menores trazos del rostro, al punto de poder hacer de ellas una descripción muy precisa. Los ademanes y el aspecto son parecidos a los del espíritu cuando vivía. Pudiendo tomar todas las apariencias, se presenta bajo aquella que mejor puede hacerle conocer, si tal es su deseo, incluso con deformaciones físicas, aunque en su estado de espíritu no las posea.

Generalmente, lo que menos dibujado se ve son los miembros inferiores, casi nunca se los ve andar, sino deslizarse. Los que han conservado poco de las cosas terrestres, aparecen con un ropaje indefinido y flotante, los más identificados con su última encarnación conservan su aspecto exterior en cuanto a su ropa, aunque ésta puede presentarla para que se lo reconozca.

La aparición tiene algo de vaporoso, y a pesar de la nitidez con que se pueda percibir, no impide ver a través, los objetos que están por detrás.

Tal es el mundo oculto que nos rodea, en medio del cual vivimos sin que lo percibamos; así como vivimos sin percibirlo, en medio de miríadas del mundo microscópico

A veces, el espíritu reviste una forma muy clara, teniendo todas las apariencias de un cuerpo sólido, hasta el punto de producir una ilusión completa y hacer creer que se tiene delante de sí, un ser corporal. Estos fenómenos son los más raros.

Por extraordinarios que sean semejantes fenómenos, todo lo maravilloso desaparece, cuando se conoce la manera como se producen, y se comprende que, lejos de ser una derogación de las leyes de la naturaleza, no son otra cosa, que una nueva aplicación de las mismas.

Por su naturaleza y en su estado normal, el periespíritu es invisible, pero pueden, lo mismo que otros fluidos, sufrir modificaciones que le hagan perceptibles a la vista, ya sea por una especie de condensación, ya por un cambio en la disposición molecular; entonces, se nos aparece bajo una forma vaporosa.

Estos diferentes estados del espíritu son el resultado de la voluntad del espíritu, y no de una causa física exterior, como en nuestros fluidos unidos a un fluido propio del médium. Es preciso que los fluidos del espíritu y del médium tengan una especie de afinidad y puedan combinarse; y además, el espíritu debe tener permiso, el cual no siempre se le concede.

Otra propiedad del periespíritu es la penetrabilidad. Ninguna materia le hace obstáculo, la atraviesa todas, como la luz atraviesa los cuerpos transparentes. Tanto como se deben combatir las teorías atrevidas por las cuales se atacan las manifestaciones, cuando estas teorías están basadas sobre la ignorancia de los hechos, otro tanto se debe combatir la tendencia a adjudicar a las apariciones de los espíritus, todos los hechos habituales, fisiológicos u otros, a los que por ignorancia se les encuentra explicación. El periespíritu es entonces, el principio de todas las manifestaciones.

Hay que hacer la diferenciación con las alucinaciones (del latín *hallucinari*: errar). Fisiológicamente, estas se producen por un cambio en los neurotransmisores. Estos son elementos bioquímicos que interactúan en la transmisión nerviosa normal. Cuando los neurotransmisores se alteran por

múltiples causas: bacterianas, tóxicas, térmicas, y otras, la transmisión nerviosa es anormal y aparecen diferentes fenómenos, entre ellos, las percepciones falsas.

La diferenciación entre alucinación y visión mediúmnica será necesario hacerla conociendo el estado de salud del médium y analizar en particular, cada fenómeno. Algunas drogas, como el LSD, la mezcalina y la cocaína, tienen una composición química similar a la de algunos neurotransmisores, y en la intoxicación con ellos aparecen alucinaciones.

Los médiums videntes, dotados de la facultad de ver a los espíritus, no la ejercen en forma permanente, frecuentemente es el efecto de una crisis momentánea y pasajera. La facultad consiste entonces, en la posibilidad, no continua, pero al menos habitual, de ver cualquier espíritu que se presenta, por extraño que le sea. Esta es la facultad que constituye propiamente hablando, los médiums videntes.

Auditiva

El médium escucha la voz de los espíritus o diversos sonidos producidos por ellos. Muchas personas poseen esta facultad de oír palabras, ruidos y hasta comunicaciones enteras, transmitidas por las entidades espirituales, al punto de poder seguir una conversación con el ser invisible, como si se tratara de un encarnado. Los médiums auditivos confiesan que oyen bajo una forma distinta, la voz espiritual, afirmando que la voz del encarnado la captan con su aparato auditivo, mientras que la del espíritu la sienten en su interior como si fuera “dentro del cerebro”; sugiriendo esto, la acción del mediador periespiritual.

Desde el punto de vista fisiológico, para lograr el funcionamiento del órgano auditivo, es imprescindible que un estímulo físico lo excite. Sin embargo, se ha comprobado en diversas sesiones mediúmnicas, que sin que el aparato auditivo funcione, sin cambiar su inmovilidad funcional por vibración alguna, el médium oye una conversación, la cual él mismo puede contestar con el pensamiento. Las ideas, han sido sugeridas al médium y transmitidas por un espíritu desencarnado, sin haber sido empleado el órgano auditivo

Algunas veces oyen una voz íntima que se hace oír en el fuero interno, otras veces una voz exterior clara y distinta, como la de una persona viva. Los médiums auditivos pueden entrar de este modo, en conversaciones con los espíritus. Cuando tienen la costumbre de comunicar con ciertos espíritus, los reconocen inmediatamente, por el metal de la voz. Cuando no se está dotado de esta facultad, se puede igualmente comunicar con un espíritu por el intermedio de un médium auditivo que hace el oficio de intérprete.

Esta facultad es muy agradable cuando el médium no oye sino a buenos espíritus, o solamente aquellos que evoca; pero no es lo mismo cuando un espíritu malo se encarniza en él y le hace oír a cada momento, las cosas más desagradables y algunas veces, las más inconvenientes. Es preciso entonces, procurar desembarazarse de aquel por medios de la des-obsesión.

Los médiums auditivos no hacen más que transmitir lo que ellos oyen, no son propiamente médiums parlantes, pues éstos, a menudo no oyen voces espirituales.

Además de las categorías de médiums que acabamos de enumerar, la mediumnidad presenta una variedad infinita de grados que constituyen lo que Kardec llamó médiums especiales, y que dependen de las aptitudes

particulares, todavía no definidas, hecha abstracción de las cualidades y de los conocimientos del espíritu que se manifiesta.

La naturaleza de las comunicaciones siempre es relativa a la naturaleza del espíritu, y lleva el sello de su elevación o de su inferioridad, de su saber o de su ignorancia; pero hay incontestablemente en él, una propensión a ocuparse de una cosa o de otra. Al lado de la aptitud del espíritu existe la del médium, que es para él, un instrumento más o menos cómodo, más o menos flexible, y en el cual descubre cualidades particulares que nosotros no podemos apreciar.

Para que una comunicación sea buena, es menester que emane de un espíritu bueno; para que este buen espíritu pueda transmitirla, le es necesario un buen instrumento; para que quiera transmitirla es preciso que el objeto le convenga.

El última instancia, el fenómeno de mediumnidad está basado en la voluntad del espíritu como un atributo del encarnado y del desencarnado. La potencia está en razón de la fuerza de voluntad. La voluntad no es un ser, una sustancia cualquiera, ni siquiera es una propiedad de la materia más etérea; la voluntad es el atributo esencial del espíritu; esto es, del ser pensador.

Con la ayuda de esta palanca, obra sobre la materia elemental y por una acción consecutiva, reacciona sobre sus compuestos, cuyas propiedades íntimas pueden así, ser transformadas.